DOSIER DE PRENSA

Título: FORJADA EN LA TORMENTA
Autor: David B. Gil
Nº de pág.: 376
Precio: 19,90 €
Publicación: 12 de mayo de 2022

Disponible en **ebook**

Síguenos en:

twitter.com/sumadeletras
www.youtube.com/c/PenguinLibros
www.facebook.com/penguinlibros
www.instagram.com/penguinlibros
twitter.com/penguinlibros
www.penguinlibros.com

Cinco jóvenes desaparecen entre los bellos parajes de una aldea de Japón. Yumiko, una cazadora local, y Asaemon, un maestro rastreador, unirán fuerzas para ir a su encuentro, enfrentándose a samuráis, monjes guerreros, presuntos demonios y una oscura trama instigada por los más altos poderes.

Tras el éxito de *El guerrero a la sombra del cerezo*, David B. Gil, referente de la épica samurái en la novela histórica española y maestro del *noir* japonés, vuelve con un trepidante relato de aventuras ambientado en el Japón rural.

LA OBRA

Asaemon Hikura, maestro rastreador del clan Sugawara, es reclamado para investigar la desaparición de cinco mujeres en una aldea alejada de la capital. Los lugareños culpan de la desgracia a una criatura sobrenatural que, dicen, habita la montaña, pero Asaemon sabe bien que no existe demonio más cruel que aquel que vive entre nosotros. Acompañado de Yumiko, una joven cazadora local que le servirá de guía y confidente, el samurái se lanzará a una búsqueda desesperada. En la misma región, Nanami, hija de un forjador de katanas, trata de ocultar su romance con el joven samurái que administra su aldea. Una relación que contraviene la ley y la voluntad de sus padres. Cuando la guerra llama a sus puertas, Nanami se ve obligada a elegir entre la lealtad hacia su familia y la persona a la que se sabe unida por el karma. Su decisión influirá de forma insospechada en el destino de las cinco jóvenes desaparecidas.

CLAVES

La publicación del *bestseller El guerrero a la sombra del cerezo* permitió descubrir una voz personalísima en el ámbito de la narrativa histórica española. El escritor gaditano David B. Gil se revelaba un consumado experto en el fascinante mundo del Japón feudal, cuya historia, geografía, sociedad y cultura ponía al servicio de historias cargadas de acción y peripecias, de personajes carismáticos y fuertes, zambulléndonos en escenarios sobrecogedores, así como en periodos marcados por la violencia y la superstición pero también por códigos y rituales de una elegancia y belleza sin par.

Su cuarta obra, *Forjada en la tormenta*, solo cabe verla como la consolidación de un proyecto literario apasionante y singularísimo: revitalizar la novela de aventuras -a la que añade componentes de las ficciones policiales y de intriga- a partir de una documentación rigurosa y un conocimiento profundo de un marco histórico tan deslumbrante como el Japón de los clanes y los samuráis.

La desaparición de cinco jóvenes aldeanas y la consiguiente misión de rastreo es el motor de un relato que nos dibuja un detallado fresco del Japón medieval, con sus cruentas batallas por dominar el territorio, las rígidas estructuras de poder, la jerarquización social, la profunda vida espiritual, los sagrados principios de obediencia y deber, la extensión de la superchería, la explotación del débil… David B. Gil concede igual importancia a lo macro y lo micro, a la épica y la intimidad, al fragor de la batalla y a la privacidad de los momentos de recogimiento, a los estragos que la lucha causa en los cuerpos y a los padecimientos del alma que provoca la pérdida, la duda o la nostalgia. Novela sobre el amor de padres a hijos y de hijos a padres, sobre los imprevistos lazos de la amistad y el respeto, sobre las oportunidades perdidas y la posibilidad de redención, sobre el coraje, la superación personal y el aprendizaje vital, *Forjada en la tormenta* es también un ejemplo de cómo el vigor narrativo y la voluntad de llegar a miles de lectores no están reñidos con una prosa riquísima, atenta a los matices y hondamente sensorial.

LA INSPIRACIÓN

En una nota al final del libro, David B. Gil nos revela el personaje histórico detrás de *Forjada en la tormenta*.

«El oficio de escritor es rutinario en el día a día, pero imprevisible cuando intentas anticipar qué sucederá en el largo plazo. Al concluir el manuscrito de Ocho millones de dioses tenía claro que mi siguiente historia no transcurriría en el Japón feudal. Así se lo comuniqué a mi agente y a mi editor, e incluso les esbocé la premisa y la trama central de esa nueva novela. Y, sin embargo, acabamos de recorrer las sendas de Ottara tras los pasos de Asaemon y Yumiko.

De algún modo, cada historia elige su momento, así que mientras tomaba notas para esa otra novela no japonesa, mi imaginación insistía en arrastrarme a paisajes y personajes que me eran conocidos, quizás buscando refugio de la pandémica realidad de estos dos últimos años.

A este impulso de evasión debe sumarse cierto personaje histórico con el que me topé por casualidad, y que alentó mi imaginación hasta hacerme decidir que esta debía ser mi siguiente novela. Me refiero a Kunishige Ogen (1733-1808), la única forjadora de katanas de la que se tiene constancia, y de la que hoy día apenas se conserva alguna que otra referencia y una pequeña parte de su producción. Y es que, aunque todos los personajes de este relato son ficticios, Forjada en la tormenta no hubiera sido igual sin la figura de esta mujer perdida en los márgenes de la historia.

Huérfana en la adolescencia, hija de herrero, Ogen debió ejercer una profesión reservada a los hombres para sacar a su familia adelante. Poco más se sabe de ella, pero fue suficiente para empujarme a escribir el personaje de Nanami Kuroda. Si algo me fascinó desde el principio en la figura de Ogen es que firmaba sus hojas con la inscripción "Onna Kunishige" (女國重), "Mujer Kunishige". Es decir, lejos de ocultar su condición femenina, la exhibía como un desafío en cada una de sus obras, haciendo saber a sus poseedores que empuñaban el arma forjada por una mujer. ¿No revela este sencillo detalle a un personaje arrebatador, como lo es la propia Nanami?»

PERSONAJES PRINCIPALES

Asaemon
Maestro rastreador, título en el que le precedió su padre, y samurái del clan de los Sugawara, que relevó en el poder sobre la región de Izumo al clan Ikeda cuando él era niño. Un acto deshonroso durante el festival de arco y flecha celebrado en Kamiari para homenajear a la deidad Okuninushi lo condenan a pagar su afrenta acudiendo a una aldea para investigar la misteriosa desaparición de unas jóvenes y la muerte de los tres hombres enviados a su averiguar su paradero, hechos que los campesinos achacan a la presencia de un demonio en las montañas. Forzado a cargar con Yumiko, experta cazadora y hermana de una de las desaparecidas, la misión pondrá a prueba no solo su valor y su pericia en el combate, sino a reconsiderar sus lealtades y sus prejuicios hacia el enemigo.

«Yumiko asintió y no dijo nada más. Pero era evidente que aquel silencio traería más preguntas. No tardaron en llegar:
—¿Por qué ha vuelto si el clan pretendía dar el asunto por zanjado? —Miró de nuevo hacia atrás—. Sabe bien que es muy posible que no salgamos con vida.
—Comienzo a aburrirme de que todos me preguntéis lo mismo —gruñó él.
—Necesito que me responda. Necesito saber que está dispuesto a llegar hasta el final.
Asaemon palmeó el cuello del animal antes de responder.
—Muchos guerreros dicen no querer morir de viejos, se les llena la boca clamando que es la peor de las muertes. Sin embargo, a la hora de la verdad, se aferran a sus vidas por más miserables que estas sean.
Ella lo miró de reojo, sin poder disimular cierta aprensión.
—No temas —rio Asaemon—, no he venido aquí a que me maten. Pero si he de matar o morir, que sea por algo que merezca la pena.
—Y cree que nosotros merecemos la pena…
El samurái torció los labios.
—En su momento se me ordenó poner fin a estos crímenes. A todos en Izumo les parecía algo necesario. A mi entender, nada ha cambiado, así que me dispongo a cumplir con mi deber. Eso es todo».

Yumiko
Hija y nieta de forjadores de armas de excelente calidad, su carácter impetuoso y decidido la llevan a querer participar en la búsqueda de las jóvenes de su aldea, entre las que se encuentra su hermana Saya. Sus recursos prodigiosos como arquera han hecho de ella una cazadora de primera categoría y conoce como nadie las regiones montañosas y boscosas en las que se perdieron aquéllas. Deberá soportar el a veces cargante sentido del humor de Asaemon y, sobre todo, demostrarle su valía cuando los peligros y amenazas comiencen a amontonarse.

«—Soy Yumiko —respondió, al tiempo que se arrodillaba frente al samurái.
Pese a la formalidad del gesto, había un matiz desafiante en su actitud.
—¿Qué haces aquí?
—Mi hermana está en la montaña, es una de las que se llevó Shika no Kōbe. Haría cualquier cosa por…
—Vuelve a tu casa —zanjó el samurái, que le dio la espalda y retomó la marcha.
La joven levantó la cabeza, desconcertada por tanta brusquedad, pero de inmediato echó a andar tras él en silencio. Al cabo de unos pasos, Asaemon volvió a detenerse para encararla.
—¿Acaso no entiendes lo que se te dice?
—No volveré sin mi hermana. Asaemon torció la boca, disgustado.
—Escúchame bien, niña, quizás creas que tus buenas intenciones me importan lo más mínimo. O peor aún, que me veré conmovido por tu valor. No soy de ese tipo de hombres. Soy, más bien, de aquellos que tiran de sable cuando una cría les desobedece. —Y descansó la mano sobre la empuñadura para reforzar sus palabras.
—No va a hacerme daño —lo desafió ella.
El samurái gruñó. —Quizás yo no, pero la montaña sí. No es lugar para crías.
—Tres hombres han muerto y otros tres han desaparecido, así que tampoco parece lugar para hombres. La impertinencia de aquella joven era exasperante.
—Te lo plantearé de otra forma —dijo Asaemon—: no iré a ningún sitio con una mocosa que me sigue como un perro hambriento. Vuelve a la aldea o aquí concluye mi labor.

—He recorrido la montaña con mi padre desde que tenía cinco años. Conozco cada cañada y cada vereda, incluso las que quedan cubiertas durante el otoño; sé dónde pernoctar, dónde encontrar agua y alimento. Usted mismo lo dijo, necesita un guía, y no encontrará mejor guía que yo —zanjó Yumiko con suficiencia.
—¿Cómo sabes lo que dije?
—Toda la aldea lo sabe, pero tienen miedo. Yo no, yo haré lo que sea por dar con mi hermana. Solo un estúpido preferiría internarse a ciegas en la montaña.
Asaemon se rascó la barbilla.
—¿Acabas de llamarme estúpido?
—En absoluto —se disculpó ella con una inclinación—.
He dicho que lo sería de no aprovechar la oportunidad de tener una guía, pero eso no va a suceder.
El samurái la estudió mientras ella mantenía la reverencia. ¿Cuánto años podía tener? ¿Quince, dieciséis a lo sumo? Adulta para algunas cosas y demasiado niña para otras, una fuente de problemas en cualquier caso. Después miró de reojo la montaña, frondosa y escarpada como pocas en la región. La muchacha tenía razón, era una estupidez aventurarse a ciegas en un lugar así. Pero estaba por ver que no fuera aún más estúpido fiarse de la guía de una cría deslenguada.
Así que optó por no tomar una decisión. Sencillamente, echó a andar y dejó que el karma dispusiera. La respuesta le llegó a los pocos pasos:
—Si busca la laguna donde desaparecieron, ese no es el mejor camino. Conozco una senda que nos llevará directamente, sígame.
Y sin darle tiempo a plantear más objeciones, Yumiko se encaminó hacia un ramal que parecía rodear la ladera oeste.
De repente, volvía a ser él quien tenía que decidir. Podía ignorarla y seguir su camino, pero quizás el karma la había traído hasta él por un motivo. Y no era sabio resistirse a los vientos del karma, solía ser mejor dejarse llevar por ellos. Así que maldijo y fue tras los pasos de aquella mocosa».

Ryo
Hijo del administrador del valle de Ottara y samurái que cayó en desgracia tras no poder evitar que su señor, el cabeza del clan Ikeda, pereciera en la guerra y que el poder regente sobre la región de Izumo pasara a manos del clan Sugawara, ignominia que lo convirtieron en un ronin y lo empujaron a vivir como un ermitaño. Enamorado en su juventud de la hija de un herrero, relación proscrita por la sociedad, jamás ha podido superar la separación, factor que ha acentuado su soledad, tristeza y necesidad de recogimiento. Sin embargo, sus habilidades en el combate han permanecido intactas y le han llevado a adoptar esporádicamente la identidad de Shika no Kobe, un guerrero en apariencia invencible que los habitantes de la zona han tomado por un demonio.

«Asaemon bajó el arco, atónito. ¿Qué había sucedido? La misma estupefacción parecía embargar al otro jinete, que trataba de refrenar su carrera. Fue en ese instante cuando una flecha larga y pesada, como las usadas para disparar desde las aspilleras, le alcanzó en el pecho. Tan brutal fue el impacto que lo descabalgó al paso.
Asaemon giró sobre sí para buscar al misterioso arquero, y entonces lo vio. Vio lo que Yumiko había visto antes que él, lo que había espantado a los perros. Alzado sobre dos patas, cubierto por una piel de escamas tan rojas como la sangre de sus presas, se erguía una criatura de gran altura. Sus facciones eran animalescas, exhalaba un aliento de cenizas y lo coronaban cien puntas de asta. En su mano sujetaba un arco más alto que un hombre.
—Shika no Kōbe —murmuró Yumiko.
«Shika no Kōbe —repitió Asaemon, estupefacta la mirada, incapaz de apartarla de aquel ser que se movía entre la niebla—. El demonio con cabeza de ciervo».

Nanami
Hija de un herrero muy apreciado por el clan regente de Ikeda, la vida ha sido inmisericorde con ella: de joven vivió un amor imposible con un hombre de rango superior con el que no se pudo esposar –y quien renunció a la opción de convertirla en su concubina–; perdió a su padre y a su esposo en una guerra que arruinó de paso el negocio familiar y una de sus hijas se cuenta entre las cinco jóvenes desaparecidas. Sin embargo, su determinación y su carácter luchador la han llevado siempre a hacer frente a las adversidades, como demuestran sus esfuerzos por reactivar la fragua de los suyos, pese a tratarse de una labor asociada exclusivamente con los hombres.

«Con el paso del tiempo, no obstante, los delgados dedos de Nanami ganaron pericia y seguridad, y Yashiro Kuroda supo ver que su hija podía llegar

a convertirse en una afiladora decente. Así que, tras consultarlo con su esposa, decidió enviarla durante una larga temporada al taller de Saburo, en Izumo. Habían pasado dos años desde aquello; la formación no fue barata, pero Nanami supo aprovechar el tiempo y la inversión de su padre, y regresó como una de los pocos artesanos de Izumo capaces de revelar el carácter de una hoja samurái.
Desde entonces, la joven se había ocupado de afilar los sables, dagas y las hojas de lanza forjadas por su padre y por su hermano, excepto aquellas que se hacían por encargo directo del clan Ikeda,
cuya terminación se seguía encargando al mismo maestro pulidor.
Nanami llevó el cofre junto al barreño y se arrodilló. Se recogió las mangas del kimono con una cinta de algodón antes de levantar la tapa; dentro no solo se hallaban sus herramientas de afilar, sino también el largo hatillo que había ocultado allí el día anterior. Con suma delicadeza, lo depositó en el suelo y descubrió los sables de Ryō. Tomó la katana y tiró de la vaina para examinar la hoja a la luz del día.
Su padre solía decir que un sable revelaba mucho del samurái que lo empuñaba. ¿Qué decía aquel acero sobre Ryō Aratani? El filo se veía nítido, apenas había perdido perfil por el rozamiento contra la vaina, señal de una buena técnica de desenvainado. No era necesario enderezar la hoja, lo que denotaba una esgrima fluida, cuidadosa, más dada a la esquiva que al entrechocar de metales; y aunque el acero había perdido lustre, no presentaba puntos de herrumbre, síntoma de que se limpiaba con frecuencia. Solo encontró una pequeña muesca en el lado derecho, próxima a la guarda. ¿Un golpe a la cabeza desviado en el último momento? Aquella posibilidad la estremeció».

LUCHAS

Uno de los aspectos más sobresalientes de *Forjada en la tormenta* es el dinamismo y la exuberancia que el autor concede a los múltiples enfrentamientos y batallas que jalonan la narración. Coreografiados con enorme nervio y plasticidad, en ellos se combina el montaje cinematográfico y el lirismo descriptivo hasta conseguir una inmersión profunda del lector.

«Kenzaburō Arima confrontó a los tres samuráis que quedaban con vida sobre la barcaza. En sus ojos no ardía la rabia ni el odio, sino una oscura determinación que empequeñecía a sus rivales. «¿De verdad era aquel el temido general de los Ikeda —parecían preguntarse—, el hombre cuya destreza con el sable había sido alabada por el mismísimo Rey Demonio?». Kenzaburō respondió a esa pregunta al avanzar sobre ellos como si un ejército lo respaldara. Los Sugawara echaron mano a los sables, pero no pudieron evitar retroceder, intimidados ante el ímpetu de su único adversario. Ryō, que observaba la escena entre la multitud, comprendió que no solo les impresionaba el hecho de enfrentarse a un guerrero legendario: era su aplastante voluntad lo que le daba ventaja, un fuego abrasador que ardía voraz, ansioso por consumir a sus enemigos.
El líder, aquel al que llamaban Yoshitaka, fue el primero en salirle al paso. Armó una guardia débil, desprovista de fe, que fue desarbolada por el brutal mandoble de su adversario. Las muñecas de Yoshitaka cedieron y la hoja de Kenzaburō le hizo un corte en el hombro izquierdo.
El guerrero Sugawara gritó de dolor, pero pudo retirarse al cubrirle uno de sus compañeros con una estocada que buscaba el costado derecho de Kenzaburō. Este la desvió de un golpe de muñeca y retrocedió hacia la izquierda para recomponer su defensa. En aquel flanco, sin embargo, se hallaba el tercer samurái, que le había rodeado para sorprenderlo por la espalda.
—¡General Arima! —le advirtió Ryō a voz en grito, al tiempo que desenvainaba y se lanzaba a la batalla. La multitud, convertida en público involuntario de aquella refriega, se apretó para abrirle paso. Los barqueros mantenían un ojo en el canal, usando las pértigas para mantener la gabarra lejos de las rocas, y el otro atento a cuanto sucedía en su cubierta.
Kenzaburō vio llegar la acometida por el rabillo del ojo, y tuvo tiempo de revolverse para bloquear la hoja que buscaba su espalda. En ese instante, Ryōcayó sobre el traicionero atacante y lo empujó con el hombro; ambos rodaron sobre la cubierta y aprovecharon el impulso para ponerse en pie. Cuando se incorporó, Ryō se encontró frente a frente con el samurái tuerto.
Con la percepción a flor de piel, le asaltaron mil detalles: podía oler el sake en el sudor de su adversario, percibía su respiración acelerada, reparó en que el tajo que le había arrancado el ojo había

dejado una larga cicatriz que le bajaba hasta el labio. Su enemigo la relamió con un rictus feroz, confiado ahora que se enfrentaba a ese joven rōnin que con tanta torpeza había irrumpido en el combate.
En un esfuerzo por serenarse, Ryōexhaló al tiempo que colocaba la punta de su sable a media altura, marcando la distancia entre ambos. Le sorprendió el fulgor de su propio acero, que reflejaba con destellos rojizos la puesta de sol que caía desde los acantilados. Nanami estaba allí con él, su mano había preparado la hoja que ahora empuñaba, y aquello le recordó que no solo luchaba por su vida, también lo hacía por mantener viva la esperanza de reencontrarse con ella. Se estremeció ante la idea de no volver a verla, y pugnó por apartar de sí tales temores. «Entregarse a la batalla con la intención de sobrevivir solo conduce a la muerte», se repitió como un mantra.
Su adversario, por el contrario, no parecía hostigado por tales tribulaciones. Comenzó a rodear a Ryō entamente, manteniéndolo siempre a su derecha, dentro del campo de visión de su único ojo. De improviso, cambió el paso y tentó un tajo al cuello del rōnin. Ryō tuvo tiempo de levantar el sable y desviar la dentellada, pero cuando intentó lanzar un contraataque, el tuerto ya había retrocedido a una distancia segura».

«Al girar la esquina se topó con dos guerreros embozados con pañuelos blancos. Ryō pudo ver el desconcierto en sus ojos, el súbito temor de hallarse cara a cara con Shika no Kōbe. Él, sin embargo, no titubeó: con el mismo gesto de desenvaine le abrió el pecho a aquel que sujetaba la linterna. Antes de que esta golpeara el suelo, volteó la hoja con ambas manos y descargó un segundo corte que lo descabezó La ferocidad del ataque habría hecho retroceder a cualquiera, pero no a un fanático de la doctrina shugendō. Lejos de acobardarse, el otro monje esgrimió su temible kanabō buscando las costillas del intruso. El impacto de aquella maza tachonada habría destrozado a cualquier guerrero sin armadura, así que Ryō solo pudo rodar por el suelo con la esperanza de eludir la pesada inercia del mandoble. El arma pasó sobre su cabeza, y el samurái vio la oportunidad de incorporarse en cuclillas y tentar un corte contra la rodilla de su adversario.
Pese a que fallar un golpe con el kanabō suele ser fatal para quien lo ejecuta, el yamabushi demostró una gran pericia al leer las intenciones de su adversario y voltear el extremo del arma para protegerse. El filo de Ryō se estrelló contra la maza forrada de metal, y el retroceso le arrancó el sable de las manos. Consciente de su súbita ventaja, el monje alzó el bastón y se dispuso a aplastar el cráneo del intruso. Este no trató de evitar el segundo golpe, sino que echó mano del tantō y se abalanzó hacia su enemigo. Logró clavarle el puñal en el vientre antes de que completara su terrorífica parábola.
La maza se desprendió de las manos del bonzo como una rama seca, pero el árbol se negaba a caer. El samurái, acuciado por su necesidad de escapar, retorció el puñal y empujó a su adversario contra la pared. Clavó la hoja dos, tres veces más, mientras el otro trataba de apartarlo. Cuando las fuerzas del yamabushi por fin flaquearon, Ryō lo sujetó por la nuca y lo degolló sin contemplaciones. Limpió el acero en el hueco del antebrazo, recogió su espada y continuó corriendo.

EXTRACTOS

«Alcanzó la confluencia con el río Ibi hacia el mediodía; a partir de ese punto, las orillas se fueron distanciando y el lecho se elevó hasta discurrir al nivel del resto del paisaje. El cielo se expandió finalmente sobre Ryō, que agradeció aquella claridad cerúlea tras más de una jornada viajando a la sombra del ramaje. Fue al bajar la vista cuando reparó en la columna de humo que se alzaba lejana, tras los macizos cubiertos de pinares que precedían al lago. El humo solía indicar desgracias, así que decidió avanzar con aquella nube de cenizas como guía.
Alcanzó los primeros arrozales al caer la tarde. Los campesinos no habían comenzado aún a drenarlos, y la tierra encharcada reflejaba el rojo del ocaso como si la sangre barbotara bajo el fango. Los malos presagios continuaron aflorando según se aproximaba a la columna de humo: sombreros de paja pisoteados, azadas abandonadas, cuervos picoteando entre los cultivos… Encontró los primeros cadáveres alineados a ambos lados del camino, flanqueando su marcha como una guardia de honor. Mantuvo su montura al paso, aunque la sangre le galopaba en las sienes al contemplar la muerte de los más humildes, finalmente desposeídos hasta de su último aliento.
Y según recorría sus rostros, comprendió una siniestra verdad: la mayoría eran niños y ancianos, algunas

mujeres, muy pocos hombres… Y a su alrededor los campos no ardían, y los pájaros picoteaban porque no se había esparcido sal sobre los cultivos. Los Sugawara no habían optado por una estrategia de tierra quemada, como un ejército invasor que arrasa con inquina cuanto no es suyo, sino que habían preservado el campo y a quien lo trabaja, porque habían llegado para quedarse».

«Ryō cerró la puerta a su espalda y guardó silencio, sin querer interrumpir el trabajo de aquel hombre. El artesano elegía con precisión las hebras de las que tirar y cuáles aflojar, conformando un anillo cada vez más compacto y cerrado. Cuando lo dio por completado, se puso en pie, recogió un mazo y colocó el aro alrededor de unas tablas de madera a medio ensamblar. Estas apenas adoptaban la forma deslavazada de un tonel, pero cuando las ciñó con el anillo recién trenzado, la estructura comenzó a cobrar sentido.
Se sirvió del mazo para ir bajando la corona de bambú alrededor de los tablones; asestaba golpes medidos y precisos, decidiendo dónde debía ejercer la presión para que los listones fueran encajando hasta no quedar intersticio entre ellos.
Cuando el anillo no pudo bajar más, el hombre se enderezó y observó el tonel que iba ganando forma. Se secó la frente, satisfecho, y por fin se dirigió al extraño que había entrado en su taller: —Gracias por su paciencia.
—No he querido interrumpir a un artesano entregado a su oficio. Kojirō se acuclilló junto a su obra y estudió la unión de los tablones.
—Esta barrica se usará para fermentar salsa de soja. Es importante que no quede separación entre la madera, así que aún deberé trenzar dos anillos más para encajar bien la estructura.
—Nunca había presenciado la fabricación de un tonel. No creí que fuera tan complejo. El artesano se puso en pie y sonrió.
—Fabricar un tonel es relativamente sencillo, la mayoría cumplen su labor durante unos años antes de tener las primeras fugas. Construir un tonel perfecto, sin embargo, requiere dedicación. La madera debe elegirse con cuidado, se debe cepillar de forma que los tablones ensamblen sin fisuras; la caña de bambú debe deshilacharse cuando aún está verde y trenzarse cuando comienza a secarse, justo antes de que pierda su flexibilidad… A la larga, es una batalla contra el calor y el frío, que hace que las junturas se separen y la estructura se torne quebradiza.
Ryō asintió. Hasta el más sencillo de los oficios podía ocultar un sinfín de sutilezas.
—Debe de ser un buen tonelero —observó el samurái—, cobrará caro cada encargo.
—Los cobro como cualquier otro artesano del barrio. —Recogió la lámpara del suelo y se aproximó a Ryō—. Si le soy sincero, dudo que mis clientes aprecien mi trabajo. Podría decirse, incluso, que construir toneles duraderos va contra mis intereses.
—¿Por qué tanto empeño, entonces? —Porque una vida dedicada a fabricar toneles es una vida mediocre. —El hombre asintió, reafirmándose en una íntima certeza—. Pero una vida consagrada a la búsqueda de la perfección es una que merece la pena vivirse».

«Asaemon contempló a la criatura a través de la bruma y la distancia, y el flujo del tiempo se difuminó a su alrededor. El tremolar del viento, la niebla que anegaba el valle arbolado, los caballos resoplando, nerviosos por la muerte de sus jinetes… Todo aquello dejó de existir para Asaemon, que, de repente, confrontaba una cacería como ninguna otra. Una en la que era presa y cazador al mismo tiempo.
Durante una breve eternidad creyó que el demonio le devolvía la mirada, hasta que giró su rostro animalesco y se internó en la fronda más allá del claro.
—¡Es nuestra oportunidad! —escuchó decir a Yumiko—. ¡Pronto llegarán los demás!
En efecto, las zancadas de sus perseguidores descendían por las largas escaleras, reverberaban ya entre los árboles. El samurái asintió en silencio, pero continuó inmóvil, incapaz de apartar la vista de la penumbra que había engullido a Shika no Kōbe.
La muchacha se apresuró junto a él y lo empujó hacia la orilla del camino. —¡Rápido, huyamos campo a través! Le obligó a adentrarse en la espesura, hasta que el samurái reaccionó y comenzó a moverse por propia voluntad.
Siguió a Yumiko a través de la enmarañada arboleda. La joven cazadora se deslizaba entre ramas y raíces con la soltura de un zorro, y él se esforzaba por mantener el ritmo, con la voz de sus perseguidores restallando como un látigo a su espalda.
Mientras las ramas bajas le arañaban el rostro, se preguntaba qué acababa de ver. ¿Era posible que un yōkai habitara aquella montaña, que la hubiera convertido en su coto de caza? Siempre había vivido ajeno al reino de los espíritus: quizás estuvieran allí, imbuyendo cuanto les rodeaba, pero rara vez asomaban al mundo de los hombres, así que ¿por qué preocuparse de ellos?».

GLOSARIO

Uno de los encantos del libro es aprender acerca de las costumbres, protocolos, rituales, creencias y toda suerte de información acerca de la sociedad, la cultura y la vida corriente en el Japón feudal. A tal efecto el autor ofrece un amplio abanico de términos japoneses que supone una suerte de curso rápido en multitud de aspectos de tan fascinante época. Reproducimos una pequeña muestra a modo de curiosidad.

Fūrin: pequeña campana de la que pende una tira de papel inscrita con una plegaria. Solían colgarse en los sitios de paso para que las corrientes las hicieran tintinear, espantando así a los malos espíritus.

Kodama: criaturas del folclore japonés que se ocultaban en la espesura. De apariencia espectral, podían adoptar forma humana o monstruosa según las circunstancias. Se les atribuía un carácter benévolo, pero se convertían en terribles enemigos de aquellos que dañaban la santidad del bosque.

Shinobi: término que se puede traducir como «hombre del sigilo». Era el nombre que recibían aquellos guerreros especializados en la infiltración, el asesinato y el espionaje.

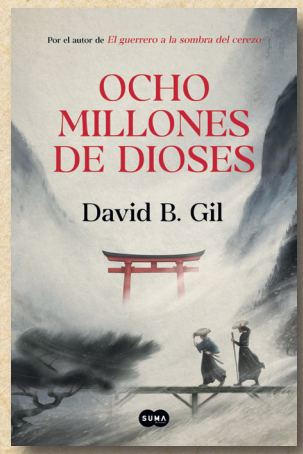
Tamahagane: tipo de acero fabricado a partir de arena de hierro y carbón natural. El proceso de obtención era largo y costoso, pero garantizaba un acero de notable calidad, cuyos mejores fragmentos eran destinados a la fabricación de armas samuráis.

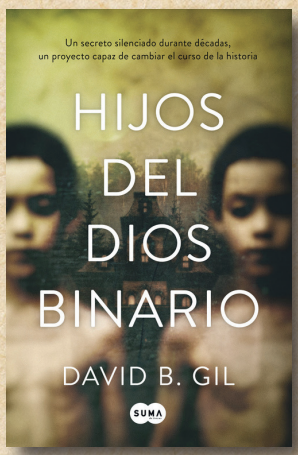
Yamabushi: se puede traducir como «guerrero de la montaña» o «el que se postra en la montaña». Se llamaba así a los monjes ascetas que se recluían en zonas aisladas y de difícil acceso. Pertenecían a sectas practicantes del budismo esotérico, y consideraban el aislamiento y las privaciones una vía para alcanzar la iluminación. Al vivir retirados del mundo y envueltos de un gran misterio, la imaginación popular les atribuyó poderes místicos y extrañas técnicas de lucha.

EL AUTOR

David B. Gil (Cádiz, 1979) es licenciado en Periodismo, posgraduado en Diseño Multimedia y máster en Dirección de Redes Sociales. Ha trabajado como redactor editorial para DC Comics en España y Latinoamérica y ha sido responsable de comunicación en diferentes organizaciones políticas, además de redactor en varios medios de comunicación. Autopublicó *El Guerrero a la sombra del cerezo*, que fue finalista del Premio Fernando Lara y única obra autoeditada en ganar un Premio Hislibris de Novela Histórica en la categoría de mejor autor Novel 2015. Actualmente publicada por Suma de Letras (2017), continúa siendo la ficción histórica mejor valorada por los lectores de Amazon España. Su segundo trabajo, *Hijos del dios binario* (Suma, 2016), fue finalista del premio Ignotus y elegida como la mejor obra de ciencia ficción en español de 2016 por publicaciones como Xataka, Hobby Consolas o La Casa de El. *Ocho millones de dioses* (Suma, 2019), su tercera novela, ha sido galardonada con el X Premio Hislibris de Novela Histórica (mejor novela en español). *Forjada en la tormenta* (Suma, 2022), su cuarta novela, nos sumerge de nuevo en el Japón feudal.

OTROS LIBROS DEL AUTOR





Irene Giménez
Comunicación Suma de Letras
Penguin Random House Grupo Editorial

Luchana, 23 1ª planta, Madrid 28010
(+34) 915 508 904
irene.gimenez@penguinrandomhouse.com
www.penguinlibros.com

Suma de Letras es un sello de
Penguin Random House Grupo Editorial